

PAOLO VOLPONI: *La macchina mondiale*. Ed. Garzanti. Milano, 1965. 276 págs., 20 x 13,5 cm.

Esta vez Volponi —que en su novela anterior: *Memoriale*, nos presentaba un obrero en relación con la fábrica, es decir, una novela industrial — crea un campesino que se enfrenta con la máquina y trata de explicarse técnica y científicamente el cosmos, lo animado e inanimado, de manera única y total. A través del protagonista narrador, el autor intenta construirse un cuerpo de doctrina coherente sobre el mundo todo, el creado por Dios y el creado por los hombres, y aunque no pase de un chispazo fugaz de exposición, no convincente, nos deja interesantes reflexiones en las largas tiradas que consiguen admirarnos por su fecunda y agilísima imaginación y capacidad para la fantaciencia.

El libro, que de manera original inserta los dos libros que el narrador protagonista dice está escribiendo, termina cuando éste espera el final de su vida, con la explosión que ha dispuesto prolijamente en su estancia, al enterarse de que su mujer, que lo abandonara y acusara ante la justicia por malos tratos, ha dado muerte a su hijito recién nacido porque no ha querido que viviera con la herencia de la locura del padre.

En sustancia, la obra trata de la interpretación que hace un humilde agricultor, de la máquina como creatura y de la creación toda como resultado de un mecanismo. Movimiento y pausa son los sostenes que descubre en el universo. No acepta, sin embargo la unidad del Ente Motor, causa primera de todo lo existente, pues ve que el hombre con estos conceptos no ha conseguido la felicidad. Por otra parte, los que lo creen loco por no aceptar

las tradicionales ideas de vida, trabajo, relaciones humanas de padre a hijo, de esposa a esposo, de empleado a empleador, lo humillan, lo abandonan, lo persiguen, lo condenan a prisión.

Con detalle de demorada visión cinematográfica, de modo hondamente conmovedor, cuenta el dolor que sufriera cuando su padre lo golpeó para quitarle sus ideas. El sentido del castigo corporal recibido es considerado como un momento en que quien castiga interrumpe toda corriente y contacto con el exterior. *Él sentía que algo debía romperse dentro cada vez que se ofendía, que se estaban contaminando las fuerzas de la vida, que quien lo hacía trataba de romper una cosa no construida por él y de la cual no era dueño, una cosa que tenía su espacio y sus reglas fuera de las propias, sin ninguna relación con las suyas, si él les negaba a éstas toda finalidad con esa violencia que hacía y repetía.*

Nuestro héroe piensa en una academia de la amistad. Cree que se debe interpretar correctamente la vida y corroborar la estructura y uso de la máquina, darle a ésta su posición en la evolución de la especie. La máquina, sostiene, es la creación de la creatura, reflejo de la obra que en ella se cumple y los hombres, máquinas fabricadas por otros hombres o por otros seres que ahora viven en otra parte o que se han extinguido.

Une el autor en su relato, al racionalismo científico que alcanza a vislumbrar la existencia de pobladores de otros mundos del universo, la emoción del artista que todo lo traspasa, y la pericia del novelista en el vaivén de los tiempos de la acción y de la intriga. Notamos también la delicada visión de lo inanimado, las ternuras del enamorado, del amigo, del padre y del sufrimiento ante la incompreensión del prójimo y la soledad.